



Algunas notas acerca de las humanidades

César González Ochoa

UNAM (México)

Desde mediados del siglo XIX se estableció la división de las ciencias en dos grandes grupos: físicas y naturales, por un lado, y sociales y humanas por el otro. Nuestras universidades han seguido desde hace siglos el modelo de la universidad de Salamanca, basado a su vez en el modelo que se impuso a finales de la Edad Media. La tradición escolar medieval, como todos sabemos, estaba basada en el esquema de las artes liberales, las cuales constituían desde la Antigüedad tardía el ciclo completo de la educación propedéutico para el estudio de la teología. Las artes liberales se denominaban así porque se consideraban como dignas del hombre libre y se distinguían de las *artes mechanicae*, pintura, escultura, arquitectura y demás técnicas, hacia las cuales existía una clara valoración negativa por estar orientadas hacia actividades prácticas. Las artes liberales eran siete: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música; como las últimas cuatro tenían un fundamento aritmético común, se agruparon en el *quadrivium*, mientras que las tres restantes formaron el *trivium*.

La separación en los dos grandes grupos mencionados tiene como una de sus razones de ser que las ciencias de la naturaleza nacieron cuando el ser humano se plantea el problema de conocer el mundo que lo rodea, es decir, cuándo él mismo se sitúa como sujeto de conocimiento y considera el mundo natural como el objeto por conocer; las ciencias humanas y de la sociedad, en cambio, sólo nacieron mucho tiempo después, cuando el sujeto de conocimiento se situó él mismo como el objeto por debía ser conocido. Las ciencias naturales se consolidaron desde la antigua Grecia, mientras que las sociales no se remontan más atrás del siglo XIX, en el umbral de la modernidad, cuando, como dice Foucault, “apareció por primera vez esa extraña figura del saber que llamamos el hombre y que ha abierto un espacio propio a las ciencias humanas”.

Si esta tesis no suscita muchas objeciones, hay otra que provoca más controversia y es la que se refiere a la cuestión si las sociales y/o humanas deben considerarse como ciencias de la misma manera que las naturales y físicas, lo que se ha debatido ampliamente tanto dentro como fuera de los dominios de esas disciplinas. Me parece una discusión pertinente, pues permite explorar el conjunto de las humanidades y, a partir de allí, preguntar si una disciplina concreta, como los estudios literarios, tiene un lugar en este grupo; si así fuera, tendríamos elementos para investigar su naturaleza, su carácter distintivo y sus relaciones con las demás disciplinas del grupo.

Como las primeras ciencias que se desarrollaron fueron las naturales se vieron, por ello, como el modelo de toda actividad científica. Los primeros estudiosos de lo social lo adoptaron desde fines del siglo XIX y trataron de desarrollar una ciencia natural del comportamiento humano. Un contemporáneo, Max Weber pensaba, por el contrario, que la sociedad no podía ser estudiada de la misma manera que el mundo natural ya que el comportamiento social difiere en muchos aspectos del comportamiento de los hechos naturales; esa diferencia está en que en el primero está presente una dimensión significativa pues todo lo que los seres humanos hacen significa algo para ellos mismos y para los demás. Los humanos actúan en contextos de creencias y propósitos, con lo que dan sentido a sus acciones y configuran la manera de comportarse. Por tanto, explicar el comportamiento humano requiere tomar en cuenta los significados que las personas dan a sus acciones; además, acciones similares pueden significar diferentes cosas en diferentes sociedades; en una sociedad dada, un comportamiento puede considerarse normal, pero en otra puede ser totalmente inaceptable. De allí que no se puedan hacer postulados universales sobre los hechos humanos, como sí lo es para los hechos naturales. La acción humana es también diferente porque las personas piensan acerca de lo que hacen; están por lo menos parcialmente conscientes de las fuerzas que actúan sobre ellas y por ello pueden oponer resistencia y actuar de manera diferente. Además, lo que las personas hacen no es solamente un asunto de elección personal, sino también de la presencia de patrones culturales de comportamiento social, lo que hace más complejas sus acciones que los hechos naturales.

Weber enfatizó que para estudiar los significados de la acción humana se requiere no sólo la simple observación, sino sobre todo la comprensión y la interpretación, pues toda actividad humana, tanto para el que la ejecuta como para los demás, está asociada con sentidos; y tanto uno

como los otros tienen que realizar un trabajo interpretativo para comprenderlos. Todas las disciplinas que conforman las humanidades tienen por función dilucidar esos sentidos cuyo vehículo son las distintas materialidades: palabras, actos, gestos. Mi campo de actividad son los estudios acerca del lenguaje, y para mí no hay duda justificación que son parte de las ciencias humanas pues, dentro de la amplia gama de actividades humanas, existe una de gran importancia, el lenguaje, la que crea al individuo y, al mismo tiempo, crea a la sociedad; dice Benveniste, lingüista del siglo XX: “Es en y por la lengua como individuo y sociedad se determinan mutuamente. El hombre ha sentido siempre –y los poetas a menudo cantado– el poder fundador del lenguaje, que instaura una realidad imaginaria, anima las cosas inertes, hace ver lo que aún no es...”. Añade que no hay poder más elevado que de la lengua y que todos los demás derivan de éste. “La sociedad no es posible más que por la lengua; y por la lengua también el individuo. El despertar de la conciencia en el niño coincide siempre con el aprendizaje del lenguaje, que lo introduce poco a poco como individuo en la sociedad”. Esta capacidad o facultad de lenguaje es muy diversa en sus formas de manifestarse, por lo que puede haber varias disciplinas para su estudio, y todas ellas conforman el conjunto de las ciencias del lenguaje o las disciplinas lingüísticas y literarias; cada una a su manera y desde su posición particular, se ocupa de ella y de su realización a través de múltiples sistemas. De esta manera, si se acepta que las ciencias sociales y/o humanas tienen por función el estudio de las acciones humanas, de todo lo que hace al ser humano; si se acepta que toda acción lo es porque está asociada con significados; además, que la actividad del lenguaje es por excelencia generadora de sentidos, se concluye que las ciencias del lenguaje tienen su lugar dentro de las humanidades. Si alguien tiene dudas acerca de si otras disciplinas como el arte o el diseño son parte de las ciencias humanas, lo invito a considerarlo desde este punto de vista.

Quienes reflexionan acerca de los rasgos de las ciencias, de su estatuto como ciencias, no tienen duda sobre la legitimidad de las naturales, de su carácter científico, pero muchos titubean al postular que realmente se pueda hablar de ciencias en sentido estricto en el caso de las sociales y humanas, puesto que no es obvio que en ellas aparezcan los rasgos que el sentido común asigna a las ciencias. El conocimiento del mundo que tienen los científicos sociales, como el sociólogo o el antropólogo, es diferente al del hombre común, pues en sus disciplinas se construye un



conocimiento de la sociedad que no se basa en la experiencia individual, sino que es producto acumulado de estudios previos; ese conocimiento es en muchos aspectos diferente que el que existía en sociedades de otros tiempos precisamente por ser acumulativo; para el estudioso está disponible toda la experiencia de muchas personas, en diferentes situaciones y de culturas diferentes. Además de ese acervo acumulado, el científico social posee una competencia que les permite desarrollar sus ideas de una manera lógica, disciplinada y explícita a través de la construcción de teorías, que son distintas a las creencias cotidianas del sentido común; de teorías que son explícitas, que sus supuestos han sido pensados, justificados y expuestos públicamente y que están sometidas al escrutinio de otros científicos, que críticamente las examinan y verifican la lógica de sus argumentos.

Por tanto, si asumimos aquí que la disciplina de los estudios del lenguaje o la del diseño es parte de las humanidades, podemos pensar que la comprensión de esas áreas es tan importante como la de las ciencias humanas en general: su entendimiento nos permite entender el mundo en el que vivimos y saber nuestro lugar en ese mundo; con ello nos capacita para poder entender a los demás y para entendernos a nosotros mismos. También para enfrentar los problemas sociales y a interesarnos por sus orígenes en la estructura de la sociedad, así como a definir ciertas clases de comportamientos como problemas. Gracias a su comprensión podemos entender qué es la sociedad.

Una primera aproximación a las ciencias humanas nos lleva a destacar algunos rasgos: que cada sociedad consiste en un complejo de instituciones interdependientes; que esas instituciones están organizadas en diferentes niveles, desde la familia, la comunidad y el estado, hasta los niveles globales; un rasgo más es que las sociedades son estructuras de desigualdad y de dominación; y finalmente, que existe una dimensión cultural de la sociedad que está constituida por las creencias de las personas y su representación simbólica en acciones y objetos. Estas ciencias, como las físicas y naturales, se basan en métodos sistemáticos de observación y en la construcción explícita de teorías, las cuales se tienen que probar de manera objetiva y sistemática. En estas disciplinas se aprovechan muchas fuentes diferentes, y, de la misma manera que sus teorías, también los métodos y las maneras en que interpretan sus datos están abiertos al escrutinio de los demás integrantes de su comunidad.

Siempre me llamó la atención que se hable de ciencias sociales y de ciencias humanas y que a veces se vean como similares y a veces como diferentes. Aunque un examen cuidadoso muestre matices entre ambas, no considero que sea un tópico de mucho interés y que es más productivo tratar de dilucidar cuál es el campo de estas ciencias, qué estudian (pero ya hemos adelantado la propuesta inicial de Foucault). Dice Bauman que se ocupan del mundo hecho por el hombre, o del aspecto del mundo que lleva la huella de su actividad: son cuerpos de conocimientos que discuten las acciones humanas y sus consecuencias. Al ver que todas tratan de la actividad del hombre, el autor se pregunta qué es lo que hace que se hable de ciencias, en plural, y por qué, si todas hablan de lo mismo, tienen nombres diferentes. Una respuesta inmediata, pero que no resiste el análisis, es que las acciones humanas efectivamente difieren entre sí y que, por tanto, las divisiones entre las ciencias simplemente expresan este hecho. Si así es, se justificaría, entonces, que la historia y la sociología deban tener sus propios campos de estudio (dice en algunos libros de escolares que la historia trata de las acciones de los hombres del pasado y la sociología las acciones en las sociedades actuales; en otros, que la sociología se ocupa de las sociedades actuales mientras que la antropología lo hace de sociedades distantes). Es ésta la visión más inmediata, la del sentido común, que habría que poner en duda; es lo que hace Bourdieu al decir que la separación entre la disciplina de la sociología y la de la historia es una división falsa y totalmente desprovista de justificación epistemológica, al igual que la distinción entre etnología y sociología; ambas son ejemplos de falsa frontera falsa, un producto de la historia colonial sin ninguna justificación lógica.

Es más o menos el argumento de Bauman, quien dice que la división del mundo de lo social en disciplinas separadas es algo a lo que nos ha acostumbrado la institución escolar, pero que lo que esa división nos da a conocer no es ya el mundo en sí mismo, tal cual es, sino que esa imagen del mundo es algo que nuestras propias prácticas han construido en función de la manera en fuimos conformados por esa costumbre. No hay división natural del mundo humano que se refleje en las diferentes disciplinas escolares. Es, por el contrario, producto de la división del trabajo entre los académicos que estudian las acciones humanas y que está reforzada por la separación de los expertos de cada área, y de los derechos que se otorga cada grupo para decidir qué es lo que pertenece y qué es lo que no a sus áreas de competencia.



Nuestra experiencia cotidiana muestra que el mundo de lo social no se divide naturalmente en los compartimentos de las disciplinas universitarias; decir que una acción dada es parte del campo de la política mientras que tal otra es de la economía, se debe a que hemos aprendido a hacer esas distinciones. Es decir, las distintas disciplinas del currículo académico no reflejan la división del mundo humano sino al contrario, la división del trabajo académico que se ocupa de las acciones humanas se proyecta sobre el mapa del mundo humano que tenemos en la mente y desplegamos en nuestros actos. Esta separación del trabajo es lo que da estructura al mundo en que vivimos. De allí que, si queremos descubrir lo que establece la diferencia entre disciplinas, sea necesario observar las prácticas de las disciplinas mismas, que creíamos antes que simplemente reflejaban la estructura del mundo.

Examinadas de cerca, existen pocas diferencias entre las prácticas de las diversas ramas de estudio de lo social; igualmente, hay muy poca o ninguna diferencia entre sus actitudes hacia sus objetos de estudio. Todas obedecen a las mismas reglas de conducta cuando tratan sus objetos; todas se esfuerzan por reunir los hechos pertinentes; todas aseguran que sus hechos son correctos y que la información es confiable; todas formulan sus propuestas acerca de los hechos del modo menos ambiguo; todas tratan de obtener y presentar sus resultados de un modo responsable. Sus practicantes despliegan estrategias similares para recoger y procesar sus hechos, y comparten las mismas reglas lógicas para extraer y validar las conclusiones que se desprenden de los hechos.

Parecería que la posibilidad de encontrar la diferencia estuviera en el tipo de preguntas que hace cada rama de la investigación, las cuales determinan los puntos de vista, es decir, las perspectivas cognoscitivas desde las que se contemplan, se exploran y se describen las acciones humanas, en los principios de orden de la información generada por la pregunta y en la forma de organizarla en un modelo de un determinado aspecto de la vida humana. Cada una de esas disciplinas tiene su propia perspectiva cognoscitiva, su propia serie de preguntas para indagar las acciones humanas y su propia batería de principios de interpretación. Por tanto, lo que da identidad a las diferentes ciencias humanas, lo que le da sus rasgos distintivos es el hecho de considerar las acciones humanas como partes de conceptos más amplios, por ejemplo, que los actores que las ejecutan participan en redes mayores mutuamente dependientes. Son esas perspectivas cognoscitivas lo

que constituye el dominio de investigación de cada disciplina y la define como una rama de las humanidades; cada una de ellas es una manera de pensar el mundo humano.

En síntesis, hay cierta arbitrariedad en la división del estudio de lo humano y de lo social, el establecimiento de fronteras entre sus diversos acercamientos; estas fronteras, insiste Bourdieu, “son el resultado de la reproducción académica y que no tienen fundamento epistemológico”; y concluye que se trata de una situación en la que el prerrequisito del avance científico es la transgresión de las fronteras disciplinarias.

Y lo que sostiene esta idea es la todavía vigente tabla jerárquica de las ciencias establecida por Comte, un legado del positivismo que todavía está en nuestras mentes y hace de las ciencias ‘duras’ el patrón con el que se deben medir las ciencias ‘blandas’; los intentos de emular la estructura de las ciencias duras han obstaculizado el desarrollo de las ciencias humanas. En las instituciones universitarias y en los órganos nacionales que dictan las políticas de investigación permanece la propuesta de Comte, y, por consiguiente, todos actúan como si la definición de las disciplinas estuviera dictada por razones naturales y, por tanto, como si fueran estancos no susceptibles de modificación, con límites estrictos e inamovibles; de allí que no consigan ver esas áreas como productos de convenciones, como compartimentos artificiales que están en continua transformación.

Desde los niveles elementales hasta el universitario, el conocimiento se nos presenta siempre fragmentado, naturalmente dividido en áreas que llamamos temas, asignaturas o materias, y que, en las etapas más elevadas, esos fragmentos se denominan ‘disciplinas’ o, con más precisión, ‘disciplinas académicas’. Por tanto, en una primera aproximación, las disciplinas académicas son ramas particulares del saber cuya reunión integra la totalidad del conocimiento.

Desde la Antigüedad coexisten dos visiones acerca del conocimiento: por un lado, como una unidad, como una totalidad, como un conjunto indiferenciado que no posee fronteras ni divisiones que limiten la validez de las verdades descubiertas; por otro lado, dividido en áreas muy bien delimitadas donde los conocimientos en cada una de ellas son siempre específicos. Aunque presente en la tradición que se remonta hasta la cosmología de los presocráticos, la idea de la unidad del conocimiento fue establecida por Platón, quien pensaba que la filosofía era la vía

de acceso al conocimiento, pensado como ciencia unificada y que, por tanto, el filósofo es el que puede sintetizar todo lo que es posible saber acerca del mundo. Para él, la totalidad del mundo y su unidad tendría correspondencia con la unidad de su conocimiento. Pero en el mismo párrafo en que Platón habla de la unidad del conocimiento, deja abierta la posibilidad de su pluralidad; en el *Sofista*, dice que la ciencia es una, pero cada una de sus partes se aplica a algo y recibe un nombre determinado, por lo que se habla de muchas ciencias.

Esa posibilidad se realiza por Aristóteles, quien inicia la reflexión sistemática acerca de los distintos tipos de conocimiento e introduce una clasificación al separar investigación teórica de la práctica; en la primera incluye al pensamiento ‘puro’, que concierne a la lógica, las matemáticas, la retórica y la ética, mientras que en la segunda están las áreas que corresponden a la observación de la naturaleza, la física y la astronomía, entre otras.

A lo largo de la historia, los pensadores optan por una u otra vía. Todavía hacia finales del siglo XIX, antes de la etapa de especialización de la que habla Weber, no era necesario ser un científico reconocido para participar en una discusión especializada; el poeta inglés Tennyson era miembro de la Royal Society y participaba en debates con Darwin o con Maxwell; sin embargo, a partir de entonces, los campos de investigación académica se limitaron cada vez más a temas con una posición clara en una disciplina concreta y las profesiones orientadas hacia una disciplina ocuparon más espacio en las instituciones académicas, por lo que los aficionados dejaron de tener acceso.

En la filosofía de la ciencia hay un cierto acuerdo de que tanto las disciplinas como los límites entre ellas existen porque crean alguna coherencia en términos de teorías, conceptos y métodos que permiten la prueba y validación de las hipótesis de acuerdo con reglas. Esas reglas son diferentes de una disciplina a la otra y por tanto son hasta cierto punto incompatibles. Por tanto, para que se pueda producir el conocimiento, se requiere la existencia de reglas; sin embargo, como no hay ya la posibilidad de hablar de reglas universales, entonces la producción de conocimientos necesita de las disciplinas.

La primera observación del conjunto actual de las disciplinas académicas muestra que éstas son tan diferentes entre sí que es difícil llegar a una definición concisa que se acople a todas en el

mismo grado. Ese carácter impreciso ya está presente en la poca claridad con respecto a la noción más general, la de disciplina, pues designa muchas cosas al mismo tiempo; el examen de los significados del diccionario ayuda a entender las disciplinas académicas (y nociones asociadas: disciplinaridad, interdisciplinaridad, etc.). Las acepciones proporcionadas por la RAE son: doctrina o instrucción de una persona, especialmente en lo moral; arte, facultad o ciencia; especialmente en la milicia y en los estados eclesiásticos secular y regular, observancia de las leyes y ordenamientos de la profesión o instituto; instrumento, hecho ordinariamente de cáñamo, con varios ramales, cuyos extremos son más gruesos, y que sirve para azotar; acción y efecto de disciplinar. Así, los significados del sustantivo ‘disciplina’ van desde la capacitación hasta la sumisión a una autoridad y al control (o autocontrol) del comportamiento, hasta llegar al castigo; también alude a la vigilancia de ciertos comportamientos o modos de pensar. Como verbo, ‘disciplinar’ tiene el sentido de capacitar a las personas para que sigan instrucciones, pero también de reforzar la obediencia y castigar; tiene también una dimensión moral sobre cómo las personas deberían comportarse o pensar. Foucault la interpreta como una fuerza y como una práctica política que se aplica a los individuos para dar por resultado cuerpos y mentes dóciles. En este proceso de disciplinar para propósitos de explotación económica y dominación política, las disciplinas no permanecen exteriores al sujeto, sino que poco a poco se transforman en internas. El individuo disciplinado acepta la racionalidad y los valores externos como propios, por lo que ya no es necesaria la represión externa. En esta visión, la disciplina es un proceso que limita la libertad de los individuos, así como una manera de restringir discursos; por tanto, es una barrera para el pensamiento libre. Aunque usa el término en un sentido específico, podemos decir que incluye a las disciplinas académicas y a su contribución a la disciplina de la sociedad.

Desde un punto de vista tradicional, las disciplinas académicas se han entendido como áreas del conocimiento, como ramas particulares que forman, en conjunto, la totalidad o la unidad de lo que se conoce y que ha sido producido por la empresa científica; así vistas, serían compatibles unas con otras y podrían en principio integrarse en un sistema de conocimiento global.

Hay una acepción de disciplina relacionada con la vida moderna y con la presencia de la racionalidad. Max Weber habla de dos tipos de agrupaciones de individuos, las comunidades y las organizaciones o corporaciones; las primeras se basan en el consenso, que es una especie de



pacto expreso y que perdura, aunque los participantes cambien. Las segundas son grupos que se deliberadamente reúnen sólo para la realización de una tarea definida, y es con respecto a ella que se establece la disciplina y el compromiso de sus integrantes. Si en las comunidades los individuos están presentes como personas totales, en las organizaciones sólo están por su destreza para una función particular, por lo cual son intercambiables. La moderna vida social se caracteriza por un constante incremento en el número de organizaciones, lo que Weber ve como un signo de la creciente racionalización. Cuando hace el recuento de los fenómenos culturales propios de las sociedades modernas, inserta allí el desarrollo, sistematización y aumento de coherencia del sistema conceptual de las ciencias, así como el crecimiento de la institución universitaria, con el cultivo sistematizado y racional de las especialidades científicas y la formación de especialistas. Señala otros fenómenos del carácter racional de nuestro tiempo, pero para mis propósitos basta destacar estos dos: la ciencia moderna y la especialización del saber.

Las disciplinas académicas se pueden ver tanto como una forma particular de división del trabajo como un aspecto de profesionalización de la ciencia. La división del trabajo, por cierto, también es una de las características que definen la modernidad y es expresión de la cada vez mayor racionalidad de la sociedad. El proceso de dividir la ciencia en disciplinas especializadas, que trabajan separadamente con el propósito de producir conocimiento, se entiende como una disposición racional y eficiente, similar a la división del trabajo en la sociedad. En otras palabras, las disciplinas son tanto unidades en la definición y control del mercado de trabajo como de la producción y validación intelectual. La profesionalización de las disciplinas hace posible que los académicos tengan la posibilidad de seguir sus propias inclinaciones e intereses profesionales, al mismo tiempo que incrementa la contienda entre los grupos disciplinarios profesionales. La influencia de la profesión académica aumenta en la medida en que controlan los recursos de los departamentos universitarios, que son un acceso a la obtención de grados y a los empleos, ya que definen la buena práctica en la profesión. Las disciplinas, por tanto, compiten por recursos e influencia en las universidades y la comunidad científica en general.

Practicar una disciplina académica, ser un académico, es una profesión que posee los rasgos de otras profesiones, como por ejemplo tener autonomía colegiada sobre la capacitación profesional y la certificación de la competencia, tener conocimientos y destrezas diferenciadas, su propia

ética profesional, y la existencia de una comunidad que cultiva los propios *habitus* profesionales. Se puede analizar el desarrollo histórico de cada disciplina por medio del examen de las condiciones específicas que llevaron a su fundación y de la manera como cambia en el tiempo. La perspectiva histórica permite entender la continuidad de las disciplinas, pero también los puntos de discontinuidad que dan origen a cambios en las maneras de pensar (a cambios de paradigma). Algunas veces eso conduce a la desaparición de una antigua y la creación de una nueva que pueda reemplazarla. Estudiar su historia ayuda a entender por qué se crea una disciplina y por qué cambia al adoptar un nuevo paradigma; con ello se pueden descubrir las relaciones entre las condiciones históricas y el desarrollo de una ciencia particular; al mismo tiempo, es lo que permite ver que el carácter artificial del espacio de las disciplinas actuales y de sus fronteras.

Visto de cerca, no parece que haya una necesidad científica para que la ciencia en la universidad esté dividida como lo está; no la hay incluso para la existencia misma de disciplinas como compartimentos cerrados e inamovibles. La organización de las universidades en disciplinas y departamentos es solamente una de las muchas posibilidades de organizar el conocimiento, así como a las personas que lo producen. Se ha argumentado que esta manera de hacerlo podría haber sido efectiva cuando fue creada, en el siglo XIX. Hoy, ese modo parece obsoleto, además de ser muy poco eficaz en el manejo de los recursos económicos, por exceso de personal y duplicación de esfuerzos en los diferentes departamentos. Las universidades se organizaron sobre la base de las disciplinas porque había una organización efectiva en la enseñanza e investigación, pero poco a poco aparece una ausencia de flexibilidad por las rígidas estructuras organizacionales e intelectuales; la estructura organizativa de la universidad no refleja las realidades intelectuales ni las tendencias en la producción y la administración del conocimiento. El hecho de que sean cada día más abundantes los centros y programas interdisciplinarios muestra que no es necesario que la ciencia se organice por medio de líneas disciplinarias fijas.

Habría dos maneras de comprender el trabajo científico en un área dada, por ejemplo la de las humanidades. Para hacer un trabajo científico no bastan las herramientas del sentido común y de la experiencia ingenua del mundo, sino que se requiere poseer una cierta competencia, así como disponer de un acervo de conceptos; con el sentido común, solamente se puede lograr que el trabajo se comprenda en función de la razón, las acciones y las experiencias de quienes hacen el

trabajo como individuos aislados. Desde este ángulo, se asume que existen leyes que rigen la porción de realidad analizada por cada disciplina, leyes que son como vetas de las que se extrae el mineral, o sea los resultados de lo que se investiga; así visto, el problema del investigador es encontrar el grado de correspondencia entre los enunciados científicos y la realidad estudiada.

Pero a esta idea ingenua sobre el trabajo académico se le puede oponer otra que conciba la investigación como la construcción, que se realiza poco a poco por los practicantes de una ciencia; al considerar que esa construcción es histórica, se pone de manifiesto que no hay una verdad a la cual las ciencias se aproximen, sino que es solo una de las muchas formas de construir el mundo. Kuhn, desde los años sesenta entiende la tarea de investigar como una compleja interacción de los científicos en el marco de una comunidad que realiza su tarea en el marco de una cultura; la ciencia no se considera tanto en sí misma, sino en función de las comunidades de sus practicantes. La noción de comunidad toma en cuenta la dimensión social y relaciona el conocimiento científico con los juicios de las colectividades, con ello cuestiona argumentos que dan a las ciencias un lugar separado de las cuestiones contingentes.

La perspectiva del sentido común ve toda disciplina académica como un campo de paz y de armonía en el cual sus practicantes se orientan sólo por la búsqueda de la verdad, como si una comunidad fuera como una especie de ‘reino de los fines’ que no conoce otra ley que la de la disputa de ideas y donde lo importante es llegar a la verdad. Esa idea es hasta cierto punto justa pues una comunidad científica está formada por individuos que practican una especialidad más o menos compartida, que pasaron por una misma formación, con instrucción similar, pero, sobre todo, porque se enfrentan a problemas del mismo tipo; sin embargo, está lejos de dar cuenta de la realidad, pues esas similitudes no bastan para decir que entre los miembros de la comunidad se da una comunicación eficaz y una relativa unanimidad en los juicios sobre su especialidad. En realidad, el funcionamiento mismo de cualquier disciplina produce y a su vez descansa sobre formas específicas de interés porque en todo campo científico, igual que en los demás campos sociales, están presentes unos protagonistas que dominan y otros que sufren esa dominación; los que dominan son los que consiguen imponer su propia definición de la ciencia que se practica o se debe practicar, según la cual su realización más acabada consiste en tener, ser y hacer lo que ellos tienen, son o hacen. Esta idea se asemeja a la de Kuhn, para quien, lo que da consistencia

como grupo a una comunidad, lo que es casi su razón de ser, es que todos comparten un paradigma, que, como sabemos, rige no tanto a una determinada área del saber, sino a una comunidad de científicos. Dos investigadores que trabajan en la misma área pero no comparten paradigmas, perciben una misma situación de manera diferente; pueden usar el mismo vocabulario en sus discusiones, pero lo usan con distintos significados. Incluso decir que entre ellos hay discusión es inexacto, pues, al tener puntos de vista inconmensurables, prácticamente se anula toda posibilidad de diálogo o de discusión. Como integrantes de grupos diferentes, tienen sensaciones distintas al captar el mismo estímulo, por lo que en cierto sentido viven en mundos diferentes; tienen maneras distintas de hacer ciencia, diferentes formas de vida científica. No se puede negar que los productos resultantes de la formación científica y de la investigación son conocimientos acerca del mundo, pero esos conocimientos forman sobre todo un sistema de convenciones.

En términos generales, el espacio regido por un paradigma es una disciplina. En la práctica, dentro de la división del trabajo científico se habla indistintamente de disciplina o de especialidad o de campo. Por tanto, un campo científico se identifica con una disciplina; de esta manera, en el dominio de las ciencias humanas, la sociología, la antropología y los estudios literarios, son tres de las áreas o disciplinas de ese dominio. Cada una forma un espacio relativamente estable, con fronteras reconocidas; es un espacio identificable tanto en el ámbito universitario como el social.

Mencioné que muchas dificultades para precisar la definición de ‘disciplina académica’ provienen de la ambigüedad del término mismo ‘disciplina’; una disciplina académica es una forma específica y rigurosa de formación científica que convierte a los practicantes de esa disciplina en individuos disciplinados. En el término ‘disciplina académica’ están incorporados muchos de los sentidos mencionados; pero, al mismo tiempo, es también un término técnico que se usa para nombrar la organización del aprendizaje y la producción sistemática de nuevos conocimientos. Una lista de sus características tendría entre sus rasgos: las disciplinas tienen un objeto particular de investigación (leyes, sociedad, política), aunque este objeto puede ser compartido con otra disciplina; tienen un cuerpo de conocimientos especializado acumulado que se refiere a su objeto de investigación, que es específico a ellas y que generalmente no se comparte con otra; poseen teorías y conceptos que pueden organizar el conocimiento acumulado;



usan terminologías específicas o un lenguaje técnico específico ajustado a su objeto; han desarrollado métodos específicos de investigación de acuerdo con sus requerimientos específicos; y, de manera más importante, tienen alguna manifestación institucional en la forma de temas de estudio que se enseñan en universidades, departamentos académicos y asociaciones conectadas con ellas. Sólo a través de la institucionalización las disciplinas son capaces de reproducirse de una generación a la siguiente por medio de una preparación educativa específica.

Al observar el espectro de las disciplinas académicas se descubre que no todas están en posesión del conjunto total de esos rasgos. Por ejemplo, la de los estudios sobre el lenguaje carece tanto de un paradigma teórico unificador como de un objeto de investigación estable, pero aun así se considera como tal. En general, mientras mayor es el número de rasgos presentes, más un cierto campo de investigación se reconoce como disciplina capaz de reproducirse y generar un cuerpo de investigación. Algo que ocurre en cualquier área es que, si se conoce con el nombre de ‘estudios’ acerca de algo, eso indica que es de nueva creación y que puede carecer de varias de las características necesarias, como el cuerpo conceptual de la teoría o lo relativo acerca de sus métodos; por tanto, su prestigio como campo de investigación es menor.

Las disciplinas científicas, como formas de organización del conocimiento, pueden justificarse por criterios temáticos, históricos y socioinstitucionales; los dos primeros son obvios: los temáticos se relacionan con aquello de lo que se ocupa cada ciencia y que es lo que le da identidad; los históricos hablan de su origen y desarrollo, y los últimos hablan de la inserción de la actividad científica en la sociedad, manifestada, por un lado, en las instituciones científicas (centros de investigación, universidades) y, por otro, en la organización en estructuras como asignaturas, áreas, departamentos y carreras. Las disciplinas se identifican, al menos en parte, por la existencia de departamentos en las universidades, aunque no se puede asumir que cada departamento represente una disciplina. Otro criterio importante para su identificación es la difusión de los resultados de sus practicantes, pero también son importantes los criterios de credibilidad académica, solidez intelectual y pertinencia de contenidos. Tony Becher destaca algunas de las dificultades de definir las disciplinas; las concibe metafóricamente como diferentes tribus que ocupan cada una su propio territorio, y una de sus funciones es la de defender su

territorio contra los embates del exterior, o sea, de las otras disciplinas, algunas de las cuales tratan de invadir y de colonizar sus territorios.

Bourdieu, con un vocabulario menos metafórico, sostiene que cada disciplina se define por la posesión de un capital colectivo, formado tanto de conceptos como de métodos, y tanto unos como otros son característicos de los practicantes de ese campo científico específico. Una disciplina se reconoce por estar inscrita en ciertas instituciones, en departamentos universitarios y en publicaciones, así como en otras formas de manifestarse dentro del mundo académico o universitario.

Si el territorio amplio de las humanidades y/o ciencias sociales es una porción del campo científico en general y está formado áreas específicas o subcampos; si cada disciplina configura un espacio relativamente estable, con fronteras reconocidas, con rasgos identificables tanto social como académicamente, entonces, cada una estará definida por el capital que posee, formado por conceptos y métodos, que son propios de los participantes de esa disciplina.

Las disciplinas académicas pueden pensarse en términos de las prácticas culturales que las crean y mantienen; éstas, a su vez, estarían unidas a prácticas más amplias; por tanto, desde esta perspectiva, son una forma de segmentación social; que sus practicantes pertenecen a diferentes tribus académicas que habitan y defienden diferentes territorios del conocimiento, y que se distinguen por medio de las prácticas culturales y valores específicos creados por ellos mismos. A su vez, cada una es parte de agrupaciones culturales mayores (academias, etc.), como un microcosmos cultural que se manifiesta en la existencia de departamentos académicos disciplinarios y en asociaciones.

Así, un estudio que se enfoque en una comunidad particular, tal como un departamento universitario, dentro de una sociedad también particular con sus características específicas, puede compararse, en tanto que conjunto de valores, con otro departamento académico de otro entorno cultural. Esto llevaría a encontrar numerosas diferencias entre disciplinas o comunidades universitarias de las distintas sociedades que se comparen. Una comparación entre diferentes tribus académicas muestra que hay diferencias culturales grandes, que desde afuera no se manifiestan. Como en los demás grupos sociales, la identidad del grupo se mantiene en principio

por la distinción entre el ‘ellos’ y el ‘nosotros’; para pertenecer a un cierto grupo se necesita hablar la misma lengua, participar en la vida social del grupo y compartir las mismas creencias. Para acentuar la identidad se desarrollan otros rasgos culturales que facilitan la distinción por parte de otros grupos y para hacer más difícil la inserción en el grupo de los miembros de esos otros grupos. De hecho, los ‘extranjeros’ se tratan con sospecha, a veces con hostilidad, lo que asegura que las tribus no se mezclen y permanezcan separadas. De esta manera, se desarrollan lenguajes disciplinarios en parte con la finalidad de proteger el conocimiento y la identidad de la disciplina, pues, si el conocimiento fuera comprensible por todos, si estuviera disponible para los de afuera, los especialistas perderían autoridad como intérpretes del conocimiento acumulados en esa área. Cada disciplina protege sus conocimientos y sus métodos a veces por la complicación de sus rasgos de modo que sea difícil para los de afuera entenderlos o copiarlos. Sin embargo, hay ocasiones en que se quieren hacer relaciones e intercambios entre dos disciplinas diferentes y entonces surgen zonas de intercambio en los márgenes en donde emergen lenguajes criollos que simplifican el lenguaje especializado con la finalidad de intercambiar ideas y conceptos.

Las disciplinas que desarrollen lazos que relacionen de modo más estrecho a sus practicantes, con altos niveles de acuerdo sobre sus métodos y sus contenidos, tendrán una identidad más fuerte y con fronteras mejor trazadas, que otras menos organizadas y con menor nivel de coherencia. Los académicos de ciencias naturales tienen mayor facilidad para cooperar con los de otras áreas, que son vulnerables a la crítica. Las tribus académicas, en especial aquella con menor tradición, como las ciencias humanas, tienen que luchar por desarrollar una identidad cultural que les permita adquirir más poder o, al menos, permanecer.

Toda disciplina se reconoce porque está inscrita en determinadas instituciones, en departamentos universitarios, en publicaciones (libros, pero sobre todo artículos); se reconoce también porque está presente en congresos académicos, en organizaciones nacionales o internacionales, en procedimientos de certificación de competencias, en sistemas de distribución, premios, etc.; en ese conglomerado (mundo académico), parte del espacio social global, están presentes varios tipos de agentes (investigadores, profesores, estudiantes de posgrado), todos ellos dotados de propiedades y de disposiciones (de *habitus* académicos), que son función del espacio social global y de las características particulares de cada uno; cada agente, además, es portador de un



tipo de capital (el científico) y, como tal, se relaciona con los demás agentes, también portadores del mismo capital. El capital científico es producto de actos de conocimiento y de reconocimiento realizados por los agentes de un campo científico y dotados, por ello, de unas categorías de percepción específicas; es un poder que funciona como una forma de crédito y que supone la confianza o la fe de los que lo sostienen porque están dispuestos a ello (por su formación y por el mismo hecho de la pertenencia al campo). La estructura del campo, como la de los demás campos, está determinada por la distribución del capital, por tanto, por las relaciones de fuerza entre los agentes; el hecho de controlar una parte importante de capital confiere un poder sobre el campo, y, por tanto, sobre los agentes poseedores de menor cantidad; esa capacidad de control es responsable por la forma de distribución de los beneficios.



Referencias

Zigmunt BAUMAN, *Thinking sociologically*, Oxford, Blackwell (2a edición), 2001.

Tony BECHER, *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*, Barcelona, Gedisa, 2001.

Émile BENVENISTE, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1997 (19a. Edición).

Pierre BOURDIEU (con Lóic J. D. Wacquant), *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, París, Editions du Seuil, 1992. [versión esp.: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, trad. A. Dillon].

Pierre BOURDIEU, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Curso del Collège de France 2000–2001, Barcelona, Anagrama, 2003 (trad. de J. Jordé).

Auguste COMTE 1830-1842, *Cours de philosophie positive* (1e et 2e leçon), París, Librairie Larousse, 1936, Collection Classiques Larousse. Ed. electrónica en www.uqac.quebec.ca/zone3

Michel FOUCAULT, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1968 (trad. E. C. Frost).

Michel FOUCAULT, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 2002 (2ª ed.)

Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1975, trad. A. Contín.

Max WEBER, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE, 1974.

Max WEBER, *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid, Taurus. (trad. J. Almaraz y J. Carabaña), 1998.